

hasta el rey en su balcón, y el verdugo y sus ayudantes sobre el patíbulo.

Y hubo un momento de silencio solemne y profundo.

Un cañonazo resonó de improviso; el patíbulo cayó derribado por una bala sobre el verdugo y sus ayudantes; la puerta del castillo de San Angelo se abrió y cien granaderos tambor batiente y bayoneta calada, atravesaron á la carrera el puente, y en medio de los gritos de terror de la multitud y del « sálvese el que pueda » de los gendarmes, de la admiración y del terror de todos, se apoderaron de los dos condenados y los llevaron al castillo de San Angelo, cuya puerta se cerró tras ellos, antes de que pueblo, verdugos, hermanos, gendarmes y el rey mismo hubiesen vuelto de su estupor.

El castillo no había dicho más que una palabra; pero como acaba de verse, la dijo á tiempo y produjo su efecto.

Los romanos se vieron, pues, obligados á pasarse sin horca aquel día, y á desquitarse con los judíos.

El rey Fernando, triste y mohino, volvió al palacio Farnesio. Aquel era el primer contratiempo con que tropezaba desde su entrada en campaña, y desgraciadamente para él no debía ser el último.

CAPÍTULO XVII

Donde reaparece Nanno

La carta dirigida por el rey Fernando á la reina había producido el efecto que él esperaba. La noticia del triunfo de las armas reales se había esparcido con la rapidez del rayo desde Margellina al puente de la Magdalena, y desde la Cartuja de San Martín al muelle. De Nápoles se había enviado, por os medios más expeditos, á todo el reino; se habían mandado correos á la Calabria y ligeros bajeles á las islas Lipariotas y á Sicilia, y esperando que mensajeros y *corridori* llegasen á sus destinos, se siguieron las instrucciones del vencedor. El ruido de las trescientas campanas de Nápoles lanzadas á vuelo anunciaba los *Te Deum*, y las salvas de la artillería de todos los fuertes entonaban con sus lenguas de bronce alabanzas al Dios de los ejércitos.

El estruendo de campanas y cañones resonaba en

todas las casas de Nápoles, y según las opiniones de los habitantes, despertaban en ellos la alegría ó el pesar. En efecto; todos los que pertenecían al partido liberal veían con pena el triunfo de Fernando sobre los franceses, porque no era el triunfo de un pueblo sobre otro pueblo, sino de un principio sobre otro principio. La idea francesa, á los ojos de los liberales de Nápoles, representaba la humanidad, el amor del bien público, el progreso, las luces y la libertad, en tanto que la idea napolitana era para ellos sinónimo de barbarie, egoísmo, inmoralidad, obscurantismo y tiranía.

Éstos, sintiéndose moralmente vencidos, se habían encerrado en sus casas, comprendiendo que no había para ellos seguridad si se mostraban en público, al recordar la terrible muerte del duque della Torre y de su hermano. No sólo lloraban por Roma, donde su rey iba á restablecer el poder pontificio, sino por Nápoles, donde el triunfo de Fernando iba á restablecer el despotismo y las ideas retrógradas sobre las ruinas de las ideas revolucionarias.

En cuanto á los absolutistas, y el número era grande en Nápoles, puesto que se componía de todos los que vivían de la corte ó dependían de ella y del pueblo, pescadores, mozos de cordel y *lazza-*

roni, todos estaban embriagados de júbilo. Corrían las calles gritando: « ¡Viva Fernando IV! ¡Viva Pío VI! ¡Mueran los franceses! ¡Mueran los jacobinos! » Y en medio de ellos, gritando más que los otros, iba fray Pacífico, conduciendo al convento su burro Jacobino, que apenas podía tenerse bajo el peso de sus enormes canastos rebosando de toda clase de comestibles, y que rebuznaba con todas sus fuerzas al compás de su amo, quien en sus chocarrerías poco áticas pretendía que su compañero de colecta deploraba la derrota de sus congénéricos los jacobinos.

Estas burlas hacían reír á los *lazzaroni*, que no eran muy escrupulosos en la elección de sus sarcasmos.

Por lejos del centro de la ciudad que estuviera la que fué casa de la Palmera, ó más bien la de la duquesa Fusco, que lindaba con ella, el estruendo de campanas y cañones había penetrado y hecho estremecerse á Salvato, como se estremece un caballo de batalla al sonido de la trompeta.

Como lo supo el general Championnet, por el último billete anónimo que recibió y que procedía del digno doctor Cirillo, el herido, sin estar completamente curado, iba mucho mejor. Empezó por levantarse del lecho, con permiso del doctor, y

ayudado por Luisa y su doncella, recostarse en un sillón : después, apoyándose en el brazo de Luisa, había dado algunas vueltas por la habitación ; y por último, un día que en ausencia de su ama, Giovannina se ofreció á ayudarle á dar uno de estos paseos, él le dió gracias y rehusó, paseándose sin la ayuda de nadie. Giovannina no dijo ni una palabra. Pero se fué á su cuarto y lloró amargamente. Era claro que Salvato no quería recibir de la criada los cuidados que viniendo de la señora le hacían tan dichoso, y aunque comprendía muy bien que entre su señora y ella no podía haber duda posible para un hombre distinguido, no por eso dejó de sentir uno de esos profundos dolores, sobre los cuales no sólo no puede nada la razón sino que los hace más amargos todavía.

Cuando vió al través de las vidrieras pasar á su ama más veloz que un ave hacia la alcoba del enfermo, apretó los dientes y lanzó un gemido que parecía una amenaza, y del mismo modo que, con esa inclinación sensual de las mujeres meridionales hacia la perfección física, había amado al joven sin quererlo, ahora odiaba á su ama instintivamente y en cierto modo á su pesar.

— ¡ Oh ! murmuró entre dientes, él se curará algún día ; el día que esté curado se marchará, y entonces será ella la que padecerá á su turno.

Y gracias á este mal pensamiento, la risa volvió á sus labios y las lágrimas se secaron en sus ojos.

Cada vez que iba el doctor Cirillo, — y sus visitas eran cada vez más raras, — Giovannina observaba en su rostro la expresión de alegría que le daba la mejoría siempre creciente de la salud del herido, y á cada visita, deseaba y temía á un tiempo que el médico anunciase el término de la convalecencia.

La víspera del día en que sonaron á un mismo tiempo campanas y cañones, el doctor Cirillo, después de haber escuchado con aire satisfecho la respiración de Salvato, después de haberle golpeado varias veces en el pecho, había dicho estas palabras que resonaron en dos corazones, ó mejor dicho en tres :

— Vamos, vamos, en diez ó doce días, nuestro enfermo podrá montar á caballo é ir á hacer una visita al general Championnet.

Giovannina notó que á estas palabras dos gruesas lágrimas se asomaron á los párpados de Luisa, que tuvo que hacer un grande esfuerzo para contenerlas, y que el joven se puso muy pálido. En cuanto á ella, sintió más vivo que nunca el doble sentimiento de alegría y de dolor, que más de una vez había experimentado.

Bajo pretexto de acompañar á Cirillo, Luisa salió

con él; Giovanina siguiólos con la vista hasta que hubieron desaparecido, y luego fué á la ventana, que era su habitual observatorio. Cinco minutos después, vió al doctor salir del jardín, y como la joven no volvía inmediatamente á la habitación del herido, dijo para sí :

— ¡Ah! ahora llora.

Al cabo de diez minutos, Luisa entró : Giovanina notó que sus ojos estaban enrojecidos, á pesar del agua con que acababa de humedecerlos, y murmuró :

— ¡Ha llorado !

Salvato no había llorado ; las lágrimas parecían desconocidas á aquella fisonomía de bronce ; solamente cuando Luisa salió, escondió la cabeza entre sus manos, y permaneció tan inmóvil y probablemente tan indiferente á cuanto le rodeaba como si se hubiese convertido en estatua.

Al entrar Luisa, y aun antes de que hubiese entrado, esto es, al ruido de sus pasos, alzó la cabeza y sonrió ; de suerte que, como siempre, lo primero que vió la joven al entrar en el aposento, fué la sonrisa del hombre á quien amaba.

La sonrisa es el sol del alma, y su menor rayo basta á secar ese rocío del corazón que se llama llanto.

Luisa fué derecha al joven, le tendió las dos

manos y contestando á su sonrisa con otra sonrisa, le dijo :

— ¡Oh! ¡qué dichosa soy sabiendo que estáis completamente fuera de peligro!

Al día siguiente Luisa estaba al lado de Salvato cuando empezó el repique de campanas y las salvas de artillería, á la una de la tarde ; la reina no había recibido el despacho de su augusto esposo hasta las once de la mañana y había necesitado dos horas para preparar esta alegre manifestación.

Salvato, al oír aquel doble ruido, estremeciése, según hemos dicho, púsose de pie con las cejas fruncidas y las narices abiertas como si hubiera olido ya la pólvora, no de los regocijos públicos, sino de los campos de batalla, y preguntó mirando alternativamente á Luisa y á su doncella :

— ¿Qué es eso?

Las dos mujeres hicieron al mismo tiempo un gesto análogo, que significaba que ellas no podían responder á la pregunta de Salvato.

— Ve á enterarte, Giovanina, dijo la San Felice ; será probablemente alguna fiesta que hemos olvidado.

Giovanina salió.

— ¿Qué fiesta? preguntó Salvato interrogando á Luisa con la mirada.

— ¿A cómo estamos hoy? preguntó la joven.

— ¡Oh! dijo Salvato sonriendo, hace mucho tiempo que yo no cuento ya los días.

Y añadió dando un suspiro :

— Voy á empezar hoy.

Luisa alargó la mano hacia un calendario.

— Efectivamente, dijo, hoy es domingo de Adviento.

— ¿Es costumbre en Nápoles, dijo Salvato, tirar cañonazos para celebrar la venida de Nuestro Señor? Si fuese la Navidad, sería más probable.

Giovanina entró.

— ¿Qué hay? dijo Luisa.

— Señora, respondió Giovanina, Miguel está ahí.

— ¿Y qué dice?

— ¡Oh! ¡cosas muy extrañas, señora! dice... Pero más vale que la señora lo sepa de su boca, y la señora hará lo que más le plazca de las noticias de Miguel.

— Vuelvo, amigo mío, dijo la San Felice á Salvato; voy á ver yo misma lo que dice nuestro loco.

Salvato respondió con una señal de cabeza y una sonrisa, y Luisa salió.

Giovanina aguardaba que el joven la dirigiera algunas preguntas; pero éste, una vez fuera la San Felice, cerró los ojos y cayó de nuevo en su inmovilidad y en su mutismo habituales.

Luisa halló aguardándola en el comedor á su hermano de leche, con el rostro radiante de alegría, vestido de gala y el sombrero todo lleno de cintas.

— ¡Victoria! exclamó al ver á Luisa, victoria, hermanita! nuestro gran rey Fernando ha entrado en Roma, el general Mack triunfa en todas partes, los franceses están exterminados, quémase á los judíos y se ahorca á los jacobinos. ¡*Eviva la Madonna!*... Y bien, ¿qué te pasa?

Esta pregunta era motivada por la palidez de Luisa, á quien faltaban las fuerzas al oír esta noticia y se dejaba caer en un sillón.

En efecto, ella no comprendía más que una cosa: que los franceses vencedores, Salvato podía permanecer á su lado y aun aguardarlos en Nápoles; pero que, vencidos los franceses, Salvato debía dejarlo todo para ir á participar de los reveses de sus hermanos de armas.

— Te pregunto lo que tienes, dijo Miguel.

— Nada, amigo mío; pero esa noticia tan sorprendente y tan inesperada... ¿Estás seguro de lo que me has dicho, Miguel?

— ¿No oyes las campanas? ¿no oyes los cañonazos?

— Sí, ya oigo.

Y murmuró á media voz :

— ¡ Y él también, por desgracia !

— Calla, dijo Miguel, si lo dudas, aquí tienes al caballero San Felice que te lo confirmará; él, que es de la corte, debe saber las noticias.

— ¡ Mi marido ! exclamó Luisa ; ¡ esta no es la hora en que acostumbra venir !

Y volvió vivamente la cabeza hacia el jardín.

Efectivamente, era el caballero que volvía una hora antes que de costumbre. Sin duda alguna, para que ocurriese tal novedad, era necesario que hubiese tenido lugar un grande acontecimiento.

— ¡ Pronto, pronto ! Miguel, exclamó Luisa, ve al aposento del herido : pero no le digas ni una palabra de lo que me acabas de decir, y cuida de que Giovanina se calle también, ¿ comprendes ?

— Sí, ya comprendo que esto le apesadumbraría, ¡ pobre joven ! ¿ pero y si me interroga sobre las campanas y los cañonazos ?

— Le dirás que es con motivo de la fiesta de Adviento. Anda.

Miguel desapareció en el corredor, cuyas puertas volvió á cerrar Luisa tras él. Ya era tiempo : la cabeza del caballero aparecía en aquel momento por lo alto de la escalinata.

Salióle Luisa el encuentro con la sonrisa en los labios, pero palpitante el corazón.

— ¡ Ah ! ¡ á fe mía ! dijo entrando, he aquí una noticia que yo estaba muy lejos de esperar : ¡ héroe el rey Fernando ! Juzgad ahora por las apariencias. ¡ Los franceses en retirada ! ¡ abandonada Roma por el general Championnet ! y, por desgracia, muertes, ejecuciones, como si la victoria no pudiera conservarse pura. No es así como la comprendían los griegos ; llamábanla *Nicé* ; hacíanla hija de la Fuerza y del Valor, poníanla al lado de Temis y detrás de Júpiter. Verdad es que los romanos no le daban una balanza por atributo, á menos que no fuese para pesar el oro de los vencidos. ¡ *Vae victis* ! decían ellos, y yo digo : ¡ *Vae victoribus* ! siempre que los vencedores unian la horea á los trofeos de sus armas. Mal conquistador hubiera sido yo, pobre Luisa, y prefiero entrar en mi casa, donde todo me sonríe, que en una ciudad que llora.

— ¿ Pero es verdad lo que han dicho, amigo mío ? preguntó Luisa no atreviéndose á creerlo.

— Es noticia oficial, querida Luisa. La sé de boca de Su Alteza el príncipe de Calabria, y me ha mandado venir á vestirme para asistir á un gran banquete que da con tan fausto motivo.

— ¿ Y vais á ir ? exclamó la San Felice con más celo del que hubiera querido.

— ¡ Ah! Dios mío, exclamó el caballero, estoy obligado á asistir á una comida de sabios, donde nos ocuparemos de hacer inscripciones latinas y de buscar alegorías para la vuelta del rey. Le harán fiestas magníficas, hija mía, á las que te será bien difícil, y sea dicho de paso, no asistir. Cuando el príncipe fué á anunciarme esta noticia á la biblioteca, estaba tan lejos de esperarla, que por poco no caigo de la escalera, lo que hubiera sido poco político, porque hubiera probado que dudaba del genio militar de su padre. En fin, heme aquí, pobre amiga mía, tan turbado que ni siquiera sé si cerré detrás de mí la puerta del jardín. Me ayudarás á vestirme, ¿ no es verdad? Dame todo lo que se necesita para vestirme dignamente en esta ocasión... ¡ Comidas académicas! ¡ Cómo voy á aburrirme con todos esos delectadores de griego y masticadores de latín! Volveré tan pronto como pueda, pero no será antes de las diez ó las once de la noche. ¡ Dios mío! ¡ qué bestia voy á parecerles, y ellos á mí qué pedantes! Vamos, ven, Luisita mía, son las dos y la comida es á las tres. Mas ¿ qué estás mirando?

Y el caballero hizo un movimiento para descubrirlo que atraía las miradas de su mujer por el lado del jardín.

— Nada, amigo mío, dijo Luisa empujándolo ha-

cia su alcoba; tienes razón, si no te apresuras, no llegarás á tiempo.

Lo que atraía las miradas de Luisa era la puerta del jardín que su marido no había cerrado, y que se abría lentamente dando paso á la bruja Nanno, á quien nadie había visto después que dejó la casa, cuando prestó los primeros socorros al herido, pasando la noche junto á él. Adelantóse con su paso sibilítico, subió los escalones que precedían á la puerta, y apareció en la del comedor, y como si hubiera sabido que sólo encontraría á Luisa, entró sin sin vacilar, atravesó la estancia sin ruido y sin detenerse á hablar á Luisa, que la miraba pálida y temblando, como si fuera un fantasma, desapareció por el corredor que conducía á la alcoba de Salvato, poniendo un dedo en sus labios en señal de silencio.

Luisa enjugó con su pañuelo el sudor que inundaba su frente, y para librarse con más seguridad de aquella aparición que miraba como fantástica, se arrojó al aposento de su marido y cerró la puerta tras ella.

CAPÍTULO XVIII

Aquiles en casa de Deidamia

No había sido difícil para Miguel seguir las instrucciones que le había dado Luisa ; pues el joven oficial después de haberle hecho una señal amistosa con la cabeza, no le había dirigido la palabra.

Miguel y Giovanina se habían retirado junto á una ventana y hablaban con mucha animación, aunque en voz baja. El *lazzaroni* acababa de explicar á Giovanina los sucesos que apenas había tenido tiempo de indicarle, y ella comprendía instintivamente que debían ejercer grande influencia en la suerte de Salvato y de Luisa, y por consiguiente en la suya.

En cuanto á Salvato, aunque no podía conocer los pormenores del suceso, veía claramente por la alegría que reinaba en Nápoles que algo malo había pasado á los franceses ; pero le parecía que su Luisa quería ocultarle algo, y no era delicado que él preguntase á sus criados lo que ella no quería decirle ;

si había en ello un secreto él procuraría saberlo de boca de la que amaba.

Mientras Nina y Miguel hablaban, y pensaba el enfermo, la puerta se abrió ; mas como Salvato no reconociera los pasos de la San Felice, no abrió los ojos para ver quién era.

El *lazzaroni* y la doncella, que no tenían los motivos de Salvato para absorberse en sus propios pensamientos, volviéronse hacia la puerta y lanzaron un grito de sorpresa.

Era Nanno quien había entrado.

Salvato se volvió al oír el doble grito, y reconociendo á la bruja, á pesar del estado de desvanecimiento en que se hallaba, le alargó la mano.

— Buenos días, madre, le dijo : te agradezco que vengas á verme ; temía tenerme que marchar de Nápoles sin darte gracias.

Nanno meneó la cabeza.

— No es á un enfermo á quien vengo á ver, respondió la bruja, no es él quien tiene necesidad de mi ciencia, y tampoco son las gracias lo que vengo á buscar, porque no habiendo hecho más que cumplir con el deber de buena montañesa, que conoce las virtudes de las plantas, no tengo por qué recibir gracias. Vengo á decir al enfermo, cuya herida está ya cerrada : escucha una relación de los antiguos

tiempos, que desde hace tres mil años las madres repiten á sus hijos, temiendo que se adormezcan en un cobarde reposo, cuando la patria está en peligro.

Las miradas del joven brillaron, presintiendo que el pensamiento de aquella mujer estaba en comunicación con el suyo.

La bruja apoyó la mano izquierda en el respaldo del sillón de Salvato, cubrió con la derecha la mitad de su frente y de sus ojos, y pareció como que buscaba en el fondo de su memoria alguna leyenda tiempo hacía olvidada.

Miguel y Giovanina, ignorando lo que iban á escuchar, miraban á Nanno con admiración, casi con miedo; Salvato la devoraba con los ojos, porque, como ya hemos dicho, adivinaba que las palabras que iban á salir de su boca, iluminarían con un relámpago la obscuridad en que había sumergido sus ideas el eco de las campanas y de las salvas de artillería.

Nanno se echó atrás el manto, y con entonación lenta y acompasada, que no era canto ni recitado, comenzó la siguiente leyenda:

« He aquí lo que las águilas de Troya han contado á los buitres de Albania:

» Cuando la vida de los dioses se mezclaba con la de los

hombres, hubo una unión entre una diosa de la mar llamada Tetis y un rey de Tesalia llamado Peleo.

» Neptuno y Júpiter habían querido tomarla por esposa; pero al saber que nacería de ella un hijo más grande que su padre, cediéronla al hijo de Eague.

» Tetis tuvo de su esposo muchos hijos, y los arrojaba al fuego en cuanto nacían, para probar si eran mortales; todos perecieron uno tras otro.

» Por último tuvo uno á quien llamaron Aquiles; su madre iba ya á arrojarlo al fuego como los otros, cuando Peleo se lo arrebató de las manos y obtuvo de ella, que en lugar de matarlo, le bañara en la Estigia, lo cual, si no le hacía inmortal, lo haría invulnerable.

» Tetis obtuvo de Plutón que le permitiese bajar una sola vez á los infiernos para bañar su hijo en la laguna Estigia: arrodillóse á la orilla, cogió á su hijo por un pie y lo metió en el agua.

» De manera que el niño fué invulnerable de todas las partes de su cuerpo, menos del talón por donde su madre lo había tenido suspenso; y esto fué causa de que consultara al oráculo.

» El oráculo le respondió que su hijo adquiriría gloria inmortal en el sitio de una gran ciudad; pero que en medio de su triunfo encontraría la muerte.

» Entonces, bajo el nombre de Pirra, su madre le condujo á la corte del rey de Ciro, y con vestidos de mujer, lo mezcló entre las hijas del rey. El niño llegó á cumplir quince años sin saber que era hombre... »

Pero cuando la albanesa llegó á este punto de su relación el joven oficial la interrumpió diciendo :

— Ya sé tu historia, Nanno; me haces el honor de compararme con Aquiles y de comparar á Luisa con Deidamia; pero puedes estar tranquila; no tendrás necesidad, como Ulises, de enseñarme una espada para recordarme que soy hombre. Se están batiendo, ¿no es verdad? continuó el joven con la mirada encendida; y esas salvas de artillería anuncian alguna victoria de los napolitanos sobre los franceses: ¿Dónde se baten?

— Las campanas y los cañones anuncian que el rey Fernando ha entrado en Roma y que los degüellos han comenzado.

— Gracias, dijo Salvato tomándole la mano; pero, ¿qué interés tienes en darme esa noticia, tú, calabresa, vasalla del rey Fernando?

Nanno se enderezó á toda su altura y dijo:

— Yo no soy calabresa, soy hija de la Albania, y los albaneses han abandonado su patria por no ser vasallos de nadie, y ni obedecen ni obedecerán nunca más que á los descendientes del gran Scanderbeg. Todo pueblo que se levanta en nombre de la libertad es su hermano, y Nanno reza la *pena-gria* por los franceses que vienen en nombre de la libertad.

— Está bien, respondió Salvato, cuya resolución estaba ya tomada.

Después, dirigiéndose á Miguel y á Nina, que silenciosos miraban la escena, añadió:

— ¿Sabía Luisa esas noticias cuando le pregunté la causa de la salva y del repique de campanas?

— No, respondió Giovanina.

— Soy yo quien se las ha anunciado, añadió Miguel.

— ¿Y qué hace, por qué no está aquí? preguntó el joven.

— Á causa de todos esos sucesos, el caballero ha vuelto más pronto que de costumbre, y sin duda mi hermana no puede dejarlo.

— Tanto mejor, dijo Salvato, así tendremos tiempo para prepararlo todo.

— ¡Dios mío, señor Salvato! exclamó Giovanina; ¿pensáis dejarnos?

— Esta noche, Nina.

— ¿Y vuestra herida?

— ¿No ha dicho Nanno que está cicatrizada?

— Pero el doctor ha dicho que no lo estaría completamente hasta dentro de diez días.

— El doctor lo dijo ayer, pero no lo diría hoy.

Y volviéndose hacia el joven *lazzaroni*, añadió:

— Amigo Miguel, estás dispuesto á servirme, ¿no es verdad?

— ¡ Ah! bien sabéis que amo cuanto ama Luisa. Giovanina se estremeció.

— ¿ Crees, pues, que me ama? dijo con viveza Salvato saliendo de su habitual reserva.

— Preguntádselo á Giovanina, respondió el *lazzaroni*.

Salvato se volvió hacia la joven, pero ésta no le dió tiempo para interrogarla.

— Los secretos de mi ama, dijo palideciendo, no son los míos; y además, la señora me llama.

En efecto, el nombre de Nina resonaba en el corredor.

Nina salió apresuradamente.

Salvato la siguió con la vista experimentando una sorpresa llena de inquietud; mas como si no fuese aquel el momento más á propósito para detenerse en las sospechas que cruzaban por su mente:

— Ven aquí, Miguel, dijo; en esta bolsa hay cien luisas; necesito para esta noche á las nueve un caballo del país, de los que pueden hacer jornadas de veinte leguas.

— Lo tendréis, señor Salvato.

— Un traje de aldeano.

— También lo tendréis.

— Y á fe mía, Miguel, añadió el joven riendo, también necesito el mejor sable que puedas encon-

trar. Escógelo á tu gusto y para tu mano, porque será tu sable de coronel.

— ¡ Ah! señor Salvato, exclamó Miguel radiante de gozo, ¿ os acordáis de vuestra promesa?

— Son las tres, y no tenemos tiempo que perder. Á las nueve estarás con el caballo en la callejuela que hay á espaldas de la casa, al pie de la ventana.

— Convenido, dijo el *lazzaroni*.

Acercóse después á Nanno:

— Dime, Nanno, continuó Miguel; puesto que te quedas sola con él, ¿ no podrías arreglar las cosas de manera que conjurasen el peligro que amenaza á mi pobre hermana?

— Á eso vengo, respondió Nanno.

— Entonces eres una buena mujer, á fe mía. En cuanto á mí, continuó el *lazzaroni* con cierta melancolía, ya sabes, Nanno, que si es absolutamente necesario para que mi hermana sea feliz hacer la parte del diablo, deja el cabo de mi cuerda en manos de nostramo Donato, y no te ocupes más que de ella. Del Pausilipo al puente de la Magdalena hay tantos Migueles, que no se sabe qué hacer con ellos; y locos, para vender y revender, y eso sin contar los de Aversa. Pero en todo el universo no hay más que una Luisa San Felice. — Señor Sal-

vato, vuestra comisión se hará, y bien hecha, estad tranquilo.

Y así diciendo se marchó.

El joven quedó solo con Nanno.

— Nanno, dijo, muchas veces he oído hablar de los sombríos vaticinios que has hecho á Luisa. ¿Qué hay de verdad en todo esto?

— Joven, ya sabes que los decretos del cielo nunca se anuncian tan claros que podamos abstraernos á ellos; pero la predicción de los astros, confirmada por las líneas de la mano, amenazan á la que amas con una muerte sangrienta, y me ha sido revelado terminantemente que el amor que siente por ti causará su muerte.

— ¿Su amor por mí ó mi amor por ella? preguntó Salvato.

— Su amor por ti; y por esto, las leyes del honor, como francés, y las de la humanidad, como amante, te mandan dejarla para no volverla á ver. Separaos para siempre, y acaso esta separación conjurará la suerte.

Y Nanno, echándose el capuchón sobre el rostro, sin hacer caso de las preguntas ni de las súplicas del joven, se dirigió á la puerta donde encontró á Luisa que le preguntó:

— ¿Tes vas, Nanno?

— ¿Y por qué no, si mi misión está cumplida?

— ¿Y no puedo saber á qué has venido? preguntó Luisa.

— Aquél te lo dirá, replicó Nanno señalándole al joven con el dedo.

Y se alejó con el mismo paso silencioso y grave con que había entrado.

Luisa, como fascinada por una visión fantástica, la siguió con la vista, hasta que desapareció por la puerta del jardín, que cerró tras ella.

Quedó Luisa inmóvil, con la vista fija en la puerta por donde había desaparecido la bruja. Hubiérase dicho que como la ninfa Dafne, tenía los pies pegados á la tierra.

— Luisa, murmuró Salvato con su más dulce voz.

Estremecióse la joven. El encanto había desaparecido. Volvióse hacia el que la llamaba, y al ver sus ojos brillando con un fuego que no era el de la fiebre ni el del amor, ni el del entusiasmo, exclamó:

— ¡ Ah ! ¡ desgraciada de mí, todo lo sabéis!

— Sí, querida Luisa.

— ¿ Para eso ha venido Nanno?

— Sí, para eso.

— Y... — la joven hizo un esfuerzo. — ¿ Cuándo os marcháis?

— Había resuelto irme esta noche á las nueve; pero no os había visto todavía...

— ¿Y ahora que me habéis visto?

— Cuando vos queráis.

— Sois bueno y dulce como un niño, Salvato; ¡vos el terrible guerrero! Partiréis esta noche, á la hora que habéis resuelto.

Salvato la miró sorprendido.

— ¿Habéis podido creer, continuó la joven, que os querría tan mal y que me tendría en tan poco, que pudiera aconsejaros nada contrario á vuestro honor? Vuestra marcha me arrancará muchas lágrimas, Salvato, y seré desgraciada cuando no pueda veros; porque esta alma desconocida que habéis infundido en mí, os la llevaréis, y Dios solo puede saber la tristeza y la soledad que reinarán en mi corazón... ¡Oh, pobre alcoba desierta! exclamó mirando en torno suyo, mientras dos gruesas lágrimas corrían por su mejillas, sin alterar la profunda suavidad de su voz, ¡cuántas veces vendré durante la noche á buscar los sueños en vez de la realidad! Todos estos objetos comunes me serán queridos y los poetizará vuestra ausencia.

Este lecho en que habéis sufrido, este sillón en que he velado junto á vos, este vaso en que habéis bebido, esa mesa en que os habéis apoyado, esa

cortina que apartabais para que llegase hasta vos un rayo de sol, todo me hablará de vos, amigo mío, en tanto que á vos nada os hablará de mí.

— Excepto mi corazón, Luisa, en que está grabada vuestra imagen.

— Si eso es así, Salvato, sois menos desgraciado que yo, pues continuaréis viéndome; vos sabéis las horas de que puedo disponer, y que os consagraba; vereísme entrar en esta alcoba y salir á las mismas horas en que entraba y salía cuando estabais vos. Ni un solo día, ni un solo instante de los que hemos pasado en esta alcoba, se borrará de vuestra memoria, en tanto que yo, ¿dónde os buscaré? En los campos de batalla, en medio del fuego y del humo, entre los heridos y los muertos... ¡Oh! escribidme, Salvato, añadió la joven exhalando un grito de dolor.

— ¿Podré hacerlo? preguntó el joven.

— ¿Quién os lo impedirá?

— ¿Y si se extravía una de mis cartas y la encuentran?

— Sería en efecto una gran desgracia, respondió Luisa; pero no para mí, sino para él.

— ¡Para él! ¿quién? no os comprendo.

— No me comprendéis, ni podéis comprenderme, porque ignoráis el ángel que tengo por marido. Él

sería desgraciado si no me creyera feliz. ¡ Oh ! estad tranquilo, yo velaré por su felicidad.

— ¿ Y si yo escribiera á otra dirección, á la duquesa Fusco, ó á Nina ?

— Es inútil, amigo mío ; y luego eso sería un engaño : ¿ y por qué engañar cuando no hay necesidad absoluta de hacerlo ? No, me escribiréis : « Á Luisa San Felice, en Margellina, casa de la Palmera. »

— ¿ Pero y si una de mis cartas cae en poder de vuestro marido ?

— Si está cerrada, me la dará sin abrirla, y si está abierta me la dará sin leerla.

— ¿ Pero y si la leyese ? dijo Salvato admirado de aquella obstinada confianza.

— ¿ Me diríais acaso en esas cartas otra cosa que lo que diría un tierno hermano á una hermana querida ?

— Yo os diré que os amo.

— Si no me decís más que eso, Salvato, os compadecerá y me compadecerá á mí misma.

— Entonces, si ese hombre es tal como decís, es más que un hombre.

— Pero habéis de pensar, amigo mío, que es un padre más bien que un esposo. Desde la edad de cinco años, he crecido á su vista, y si me veis com-

pasiva, instruída é inteligente, es porque él es compasivo, inteligente é instruído, pues inteligencia, benevolencia é instrucción, todo se lo debo á él. Vos sois muy bueno, ¿ no es verdad, Salvato ? sois grande y generoso ; yo os veo y os juzgo con los ojos de la mujer que ama. Pues bien, él es mejor, más grande, más generoso que vos, y Dios quiera que no tenga la ocasión de probároslo algún día.

— ¡ Pero voy á tener celos de ese hombre, Luisa !

— ¡ Oh ! tenedlos en buen hora, amigo mío, si un amante puede tener celos del cariño de una hija por su padre. Os amo, Salvato, y os amo profundamente, puesto que en la hora de separarnos os lo digo yo misma y sin que vos me lo preguntéis ; pues bien, si os viese á ambos corriendo un peligro igual, real, supremo, y que mi ayuda no pudiese salvar más que á uno de vosotros dos, sería á él á quien salvaría, para ir á morir luego con vos.

— ¡ Ah, Luisa, cuán dichoso es el caballero de verse amado de esa manera !

— Y sin embargo, vos no aceptaríais ese amor, Salvato, pues es el que se tiene á los seres inmateriales y superiores, pues ese amor no ha podido impedir el que yo os he dado : á él le quiero mejor que á vos, pero á vos os quiero más que á él ; aquí tenéis explicado el hecho.

Y diciendo estas palabras, como si Luisa hubiera agotado todas sus fuerzas en la lucha de los dos afectos que dominaban uno su alma y otro su corazón, dejóse caer en una silla, echó atrás la cabeza, juntó las manos, y con los ojos fijos en el cielo y la sonrisa de los bienaventurados en los labios, murmuró algunas palabras ininteligibles.

— ¿Qué hacéis? preguntó Salvato.

— Orar, respondió Luisa.

— ¿A quién?

— A mi ángel custodio... Arrodillaos, Salvato, y rezad conmigo.

— ¡Extraño, muy extraño! murmuró el joven vencido por una fuerza superior.

Y arrodillóse. Al cabo de algunos instantes, Luisa bajó la cabeza. Salvato levantó la saya, y ambos se miraron con profunda tristeza, pero con una serenidad suprema en el corazón. Pasaron las horas.

Las horas tristes corren con la misma rapidez, y algunas con más rapidez que las horas felices. Ninguno de los dos amantes se prometió nada para el porvenir; sólo hablaron del pasado. Nina entró y salió; pero ellos ni siquiera la vieron; vivían en una especie de mundo desconocido, suspendidos entre el cielo y la tierra. Solamente á cada hora

que sonaba el reloj, estremecíanse y exhalaban un suspiro.

Á las ocho entró Nina.

— He aquí lo que Miguel envía, dijo.

Y puso á los pies de los dos jóvenes un paquete envuelto en una servilleta.

Era el vestido de aldeano comprado por Miguel.

Las dos mujeres salieron.

En pocos minutos Salvato se encontró vestido con el traje en que debía huir. Abrió la puerta, y al verlo, Luisa dió un grito de sorpresa. Estaba más hermoso y elegante todavía, si es posible, vestido de montañés que de caballero.

La última hora transcurrió como si los minutos se hubieran cambiado en segundos.

Dieron las nueve.

Luisa y Salvato contaron, uno tras de otro, los nueve golpes pavorosos del timbre, aunque sabían que eran las nueve las que daban.

Salvato miró á Luisa, que fué la primera en levantarse.

Nina entró.

La joven estaba horriblemente pálida, tenía fruncidas las cejas, y sus labios entreabiertos dejaban ver sus dientes blancos y agudos, tan cerrados, que su voz podía apenas pasar por ellos.

— Miguel espera, dijo.

— ¡Vamos! dijo Luisa tendiendo la mano á Salvato.

— Sois noble y grande, Luisa, dijo éste.

Levantóse, y á pesar de toda su energía, vaciló.

— Apoyaos en mí una vez más, ¡ay! que será la última.

Entrando en la habitación que daba á la calle-juela, oyeron relinchar un caballo.

Miguel estaba en su puesto.

— Abre la ventana, Giovanina, dijo Luisa.

Giovanina obedeció.

Un poco más abajo del alféizar de la ventana, descubrieron en la obscuridad un hombre y un caballo.

La ventana se abría hasta el suelo y daba á un balconcillo.

Los dos jóvenes se acercaron. Nina, que había abierto la ventana, los dejó pasar, y quedó tras ellos como una sombra.

Los dos amantes lloraron en la obscuridad; pero en su silencio, sin sollozos, por no afligirse recíprocamente.

Nina no lloraba; sus ojos estaban secos y ardientes, y la respiración silbaba en su pecho.

— Luisa, dijo Salvato con voz entrecortada; he

envuelto en un papel una cadena de oro para Nina, que le daréis de mi parte.

Luisa respondió que sí con un movimiento de cabeza y un apretón de manos, pero sin hablar.

Después Salvato dijo al joven *lazzaroni*:

— ¡Gracias, Miguel! Mientras viva en mi corazón el recuerdo de este ángel, — y pasó su brazo alrededor del cuello de la San Felice — es decir, en tanto que mi corazón palpita, cada uno de sus movimientos me recordará los buenos amigos entre cuyas manos la dejo y á quienes la confío.

Por un movimiento convulsivo, Giovanina cogió la mano del joven, besóla y casi la mordió.

Salvato, sorprendido, volvió la cabeza; pero ella ya se había echado atrás.

— Señor Salvato, dijo Miguel, tengo que daros cuenta del dinero que me habéis entregado.

— Dáselo á tu anciana madre, Miguel, y dile que ruegue á Dios y á la Madona por Luisa y por mí.

— ¡Ah, bueno! dijo Miguel, ahora lloro yo...

— ¡Hasta la vista, amigo mío! dijo Luisa. ¡Que el Señor y todos los ángeles del cielo os guarden!

— ¿Hasta la vista? murmuró Salvato. ¡Ah! ¿no sabéis, pues, que corremos peligro de muerte si volvemos á vernos?

Luisa no le dejó apenas concluir.

— ¡Silencio! silencio! dijo, dejemos en manos de Dios las cosas por venir; pero suceda lo que quiera, no me separaré de vos con un adiós eterno.

— ¡Sea! dijo Salvato saltando por el balcón al caballo, y sin apartar sus brazos del cuello de Luisa, que se inclinó hacia él con la suavidad de un junco. ¡Y bien, sea, adorada de mi corazón! ¡Hasta la vista!

Y la última palabra, símbolo de la esperanza, se perdió entre sus labios en un primer beso.

Salvato dió un grito de alegría y de dolor al mismo tiempo, y espoleó al caballo que saliendo al galope lo arrancó de los brazos de Luisa y se perdió en la obscuridad.

— ¡Oh! sí, murmuró la joven, ¡volverte á ver y morir!

CAPÍTULO XIX

La batalla

Hemos visto á Championnet retirarse de Roma haciendo á Thiebaut y á sus quinientos compañeros el solemne juramento de volver á libertarlos antes de veinte días.

En cuarenta y ocho horas se encontró en Civita-Castellana.

Su primer cuidado fué visitar la ciudad y sus alrededores.

Puso en estado de defensa la ciudadela construída por Alejandro VII, que servía de cárcel, y colocó en posición conveniente los diferentes cuerpos de su pequeño ejército.

Colocó á Macdonald, con siete mil hombres, en Borghetto, mandándole sacar el mejor partido posible para defenderse, de la casa de postas y de algunas casuchas que la rodean, apoyándose en Civita-Castellana, que formaba el ala derecha del